

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Nro. 2 | 2007



Centro **Interdisciplinario**
de
Estudios Sociales

Universidad Nacional de Rosario

UNR
EDITORA
COLECCIÓN
ACADÉMICA

Editorial

“Los señores generales y grandes industriales tenían toda la razón: no pasaba nada con nosotros los “intelectuales”, éramos un grupo prescindible, alejado de la realidad e irresponsable de charlatanes ingeniosos”.

Hermann Hesse, *El lobo estepario*

El “existencialismo” de esta época es de nihilismo y aceptación, de cobardía y consumo, un existencialismo de animales reducidos al sufrimiento del cuerpo y a la lástima. Cuando Simone observa a Jean Paul en su lecho de muerte nos muestra la cruda contracara del existencialismo actual; el escuchar “yo la amo castor” sabiendo que sus muertes ponían fin a todo lo que se daban y sentían, está tan alejado del cinismo actual como lo está nuestra vida mediocre estilo siglo XXI de aquella otra ingenua y violenta que clamaba por la “imaginación al poder”.

Hoy somos como ovejas sin dios y ni siquiera tenemos nuestro “cambalache”. Nuestro cuerpo ya no es visto como el “hábitat” enigmático, extraño, que se ofrece al mundo, que se abre a los demás (como la verían aquellos existencialistas, especialmente un Merleau-Ponty); ahora es un vehículo genital, un aparato localizable, medible, lleno de átomos, células, estructuras inconscientes y genes que deciden su destino. Consumir es su naturaleza, simplemente una pila de materia orgánica en lenta descomposición (con sus gimnasios, sus cosméticos, sus cirugías, sus psiquiatras, sus drogas, su bulimia y anorexia).

¿Y los otros? Nuestro mundo de clase media joven, bella, sana y mediocre adivina la pobreza y la muerte. La muerte lo rodea, y este la tiene por compañera segura, insustituible y a la vez inexorable. Es por ello que intenta evitar cualquier tipo de contacto. Su existencia es la existencia de aquella. Los repositorios de desechos (geriátricos, cárceles, guetos, villas miseria, África, etc.) sólo tienen prensa cuando un suceso determinado los extingue (incendios, motines, matanzas). Pero su existencia continua, su papel de receptáculo de la sobrevida de los inútiles (no jóvenes o no consumidores) es la vergüenza que oculta nuestra época, como los testículos del Papa en la edad media (necesarios en tanto hombre y, a la vez, teóricamente, inútiles). La única existencia continua merecedora de la atención es la de los jóvenes perfectos y estúpidos, encerrados en casas, rodeados de cámaras, haciendo lo que todo el mundo espera que hagan: comer, dormir, fornicar, surcar el ciberespacio, volver a comer, dormir, fornicar un poco más... ¡Ya nos sentimos atraídos!

La lucha es el motor de la historia. Vaya afirmación en los tiempos que corren. Pues bien, escuchen y vean con atención, paseen por las calles, observen a la gente, deténganse un momento antes de comprar ese nuevo par de zapatos o esa hamburguesa, sólo permítanse un minuto de silencio...

Pero, como se dice comúnmente, son sólo problemas. Problemas a los cuales un tipo de racionalidad sólida, científica, podrá en un futuro dar solución. Gabriel Marcel definía “misterio” como un problema que avanza sobre sus propias respuestas y sobre sus datos, que los invade y que se rebasa por eso mismo en cuanto simple problema. Nuestra intención entonces es que el conflicto, la lucha, sea misteriosa. Que no sea la lucha “por” la verdad sino “sobre” la verdad, que no sea para “resolver” la muerte, la vejez y la pobreza sino para comprender sus razones irrazonables y deliberar sobre ellas (no “aceptar” sino “decidir”, no “descubrir qué es lo que está mal” sino “exclamarlo”). Habitar el mundo no como hormigas o cerdos (Sartre), no reducirnos al “humanismo animal de nuestra época” (Badiou). Todas estas son luchas que podemos darnos para acompañar las otras que se revuelven contra el sistema de barbarie, unidimensionalidad y despotismo que hemos creado en las últimas décadas.

Decimos “hemos” creado y aquí radica el primer paso. No somos románticos e ingenuos más que en los momentos que decidimos serlo (¡vaya si son muchos!). La complejidad del mundo nos traspasa y somos parte de ella. Vamos a gimnasios, recibimos becas, nos miramos al espejo, usamos desodorantes, perfumes y condones, diferenciamos nuestros discursos según los interlocutores, mentimos, acusamos, peleamos, también tenemos verdades en las cuales creemos y que a veces traicionamos en pos de ganancias materiales (dinero y sexo, por suerte nadie quiso darnos poder). Tenemos dioses y miserias. Que no quede duda que somos hombres y engranajes al mismo tiempo.

Pero una pasión inútil nos corroe las entrañas y nos obliga a manifestarnos, a revelarnos contra la hipocresía infinita de nuestros días, que es también la nuestra. ¿De dónde proviene esta necesidad? La respuesta a ello se nos escapa como un misterio, es decir, como un problema que avanza sobre sus presupuestos. ¿Luchar contra la opresión desde nuestras relativamente cómodas vidas? ¿Hablar sobre la pobreza mientras ordenamos al mozo un capuchino o pedimos un delivery? ¿Quejarnos de la

reducción del ser humano a instrumento parlante al tiempo que llenamos formularios y pagamos impuestos? ¿Revelarnos contra la rutina anestésica del consumo frente al televisor?

El hombre no es más que un eterno proyecto de construcción de sí mismo. Infinito, inacabable, imposible de culminar y, de todas formas, inevitable. Por ello por nosotros y a pesar de nosotros seguimos intentándolo, decir que el hombre “es” o “debería ser” o “las cosas están mal y deben cambiar” no se aleja un ápice de nuestra creencia en la insustancialidad del ser. Pero decidimos y en eso va nuestra vida.

Por eso queremos terminar con dos citas que comprueban, como creen generales e industriales, que somos charlatanes ingeniosos e inútiles pero peligrosos porque hablamos, pensamos y criticamos su estúpido intento de convertirnos en solo cosas útiles.

Ningún camino lleva de vuelta al lobo ni al niño. En el principio de las cosas no hay inocencia ni simplicidad; todo lo creado, incluso lo que parece más sencillo, ya es culpable, múltiple, ya fue arrojado a la corriente sucia del devenir y nunca más, nunca más, podrá nadar corriente arriba.

Hermann Hesse, El lobo estepario

Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse. La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un acaso.

Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra